

que en España hay amigos míos que son germanófilos... Es el *snobismo*... Los que no son *snobs*, como el gran Valle Inclán, como el erudito *Azorín*, como otros muchos, no pueden sentir simpatías por ese pueblo de incendiarios que trata a Bélgica cual jamás el duque de Alba no se atrevió a hacerlo...

Para evitar la penosa impresión que se experimenta cada vez que se charla con aquellos que hasta ayer creyeron sinceras las manifestaciones fraternarles que en España se hacían a Francia, trato de hablar de otra cosa.

—Lo terrible—le digo—deben ser las minas... En estos días no hay boletín oficial que no se refiera a trincheras destruídas por las zapas.

El teniente interviene en la conversación.

—Sí—me dice—: las minas es lo más terrible, a causa de su carácter misterioso. Las granadas se ven venir... A las descargas ya estamos acostumbrados... Pero la idea de que por debajo de nuestras zanjas los alemanes pueden estar abriendo otras zanjas, para llenarlas de dinamita y hacernos saltar, nos inquieta a menudo... En la noche, sobre todo, cuando el silencio es absoluto, los rumores que suben de la tierra nos quitan el sueño... Nuestros ingenieros ejecutan sondas para tratar de descubrir los lugares minados, y en cuanto encuentran uno, les dan la desagradable sorpresa a sus constructores de hacerlos saltar en el instante en que menos lo esperan. La semana pasada, en la Grurie, en un solo día, hicimos estallar cinco minas que el enemigo nos destinaba... Pero, por muchas que descubramos, muchas más quedan en las entradas de las aldeas, esperando nuestros ataques... En cuanto sienten que no pueden defender un punto cualquiera, lo minan, y, al retirarse, lo vuelan... Es un sistema espantoso... Y, según parece, en Bélgica han minado la Gran Plaza de Bruselas, las calles principales de Amberes y de Gan-

te... No quieren irse sin dejar un recuerdo eterno de barbarie...

Chaumié me hace un signo para que me acerque al «parabombas» que pone en comunicación nuestra trinchera con la vecina...

—Oiga usted—murmura a mi oído...

Dos voces suben, dos voces cantantes y claras, de meridionales, en las que un ligero acento de broma quiere y no puede suavizar el fondo de la ternura y de la pena.

—¿En qué piensas tú, peludo?...

—En tu hermana...

—Pues no vale la pena...; ya sabes que es coja y tuer-ta, y que no te quiere...

—Bueno..., ni yo tampoco..., seriamente. ¿No tienes noticias del pueblo?...

—No...; ya no se acuerdan de nosotros... Deben creernos muertos...

—Hace mes y medio...

—No...; no hace más que un mes; no hay que calumniar a las mujeres... La tuya te mandó tu pipa y el tabaco hace un mes... En cuanto a mi pobre vieja...

—¿Si no sabe escribir, peludo!... No te quejes de ella...

—¿Yo quejarme?... Dios me guarde... Lo que sucede es que a veces se me figura, cuando estoy dormido, que mi viejecita se me acerca, y entonces, al despertarme, tengo unas ganas de salir corriendo para ir a ver...

—Y yo ¿crees que no pienso en mi mujer y en mi hija?.. Ya debe de haber crecido, desde el mes de julio que no la veo... Es capaz de no reconocirme cuando me vuelva a ver...

—Si es en el otro mundo...

—Lo que ha de suceder ha de suceder..., ¿no? No hay que echar bilis por lo que no se puede evitar...

—Eso sí que es verdad, peludo... Yo estoy seguro de

ganar la medalla militar y el galón de sargento... Me lo han dicho dos veces, al echarme las cartas... Una vez fué en Verdun, en el café de la Gorda... Otra vez, aquí, hace una semana...

—¿Y yo?...

—¿No te han echado nunca las cartas?

—No...

—Yo te las voy a echar si los peludos que están jugando me las quieren prestar un momento... Yo no sé bien; pero para averiguar si serás sargento no hay necesidad de mucha ciencia... ¡Eh, los peludos de la manilla!..., ¿queréis prestarme los naipes para leer en el porvenir de mi honorable compañero el rubio de Carcazona?

Chaumié parece enternecido hasta el fondo del alma. Tanto buen humor dentro de tanta resignación, y tanta ternura unida a tanta fuerza moral, le humedecen las pupilas. Según él, todo lo que hay de malo, de bajo y egoísta en el hombre, desaparece en las trincheras, para no dejar vivas y palpitantes sino las nobles virtudes de heroísmo, de sacrificio y de hermandad. En lo más pequeño como en lo más grande se nota la energía sonriente de la raza. ¿Dónde están ahora las divisiones de partido que agitaban todas las capas sociales del país?...

—¿Vió usted a aquel oficial que nos saludó en lo que usted llama la antesala de las zanjas?...—me pregunta Chaumié—. Pues es mi adversario en las últimas elecciones legislativas... ¡Los horrores que nos dijimos durante la campaña electoral!... Ahora yo soy diputado y simple soldado... El es oficial y no es diputado... Y por las tardes, cuando estamos en los campamentos de reposo, jugamos una partida de cartas como los mejores amigos del mundo, sin acordarnos de la política.

Una de las grandes distracciones de las trincheras es el juego. En cuanto hay medio de procurarse unos nai-

pes, un *tric-trac*, o unas damas, ya las horas transcurren menos monótonas. Las cartas, sobre todo, entusiasman al *troupiér* francés. Haciendo largas «manillas» se olvida del frío, del sueño y del peligro.

—Para que vea usted si somos jugadores—me dice un soldado—, voy a contarle una aventura reciente... Aquí mismo fué...; ahí, donde se encuentra el sargento... Pues bien: una mañana, hace tres semanas, estábamos haciendo una «manilla» entre cuatro, y, detrás de nosotros, los demás miraban con envidia... No había más que una baraja... De vez en cuando, una granada caía a algunos pasos... Ya estamos acostumbrados... Es más el ruido que las nueces... Sin embargo, aquel día parece que los *bochs* querían interrumpir nuestra partida y que apuntaban a nuestra trinchera de un modo especial. Michel estaba contra la pared de este lado; el sargento, enfrente: el bordelés al lado del «parabombas», y yo, aquí... De pronto, ¡pum!..., un obús en la trinchera... ¡Qué ruido, Santa Marta!... «No hay que moverse—gritó el sargento—; yo tengo el rey...»

En aquel momento Michel cayóse de espaldas sin decir una palabra, y se lo llevaron los compañeros... «¡Muerto!», gritó el enfermero. Entonces, uno de los amigos que esperaban cogió las cartas tales cuales las dejó Michel al caer, y la partida no se interrumpió ni un instante...

—Lo primero para vivir contentos—termina el soldado—es no darle importancia a la muerte... Más miedo llega uno a tenerle a no tomar su café o a no tener tabaco para la pipa, que a las bombas... Al fin y al cabo, nadie sabe lo que le ha de pasar...

Este fatalismo sonriente se encuentra en todas las almas. Y en cuanto alguien quiere luchar contra él, las historias verídicas en las cuales está basada su filosofía, acuden a las memorias. Un día es un soldado que se esconde muy bien detrás de un árbol mientras sus com-

pañeros pelean en campo raso con los pechos descubiertos. Y, sin embargo, el único que muere es el que está escondido. Otro día, un observador de artillería se encuentra en una granja, con su teléfono, dirigiendo el tiro de las baterías colocadas muy lejos, detrás de las trincheras. De pronto, los alemanes lo descubren y le disparan dos enormes granadas. La granja se hunde, el techo se incendia, los muros saltan en mil pedazos. Los soldados de primera línea piensan que el pobre observador debe estar sepultado en el fondo de los escombros, y mandan un recado a las baterías para que reemplacen el puesto telefónico. Por la tarde, a la hora de la tregua de la cena, el observador, a quien todos creían muerto, sale muy tranquilo de la granja incendiada sin el menor rasguño.

—Para lo que se necesita heroísmo— dice nuestro teniente—es para soportar la inacción en estas cuevas... ¡Ahl, cuando uno puede salir y atacar en pleno campo, la vida es una fiesta... Pero aquí..., mire usted..., todo está quieto..., todo está vacío... La batalla comenzó en este sitio hace tres meses, sí, señor...; y como dice Barrés, después de haber enterrado a nuestros primeros muertos nos hemos enterrado también nosotros los vivos... Es una guerra de sitio; pero nadie sabe quiénes son los sitiados, si nosotros o los alemanes... Un día somos nosotros... Al otro día son ellos... Una trinchera se convierte en una fortaleza, y para tomarla hay que sacrificar más vidas que para luchar contra una división en campo raso... Al menor movimiento, una tempestad de metralla sale de todos los ámbitos del horizonte, y para llegar hasta la aldea vecina hay que dejar el sendero cubierto de cadáveres... Naturalmente, los jefes vacilan antes de decidirse a su ataque... Los alemanes no atacan fuerte por aquí... Todos sus esfuerzos están concentrados en Argona, donde pierden terreno de día en día, y en Flandes, donde sacrifican centenares de mil-

les de hombres... Aquí es el sitio con toda su calma y toda su inmovilidad... De un extremo de la línea a otro, nuestro enemigos han construído, no un muro, sino un foso de la China... ¿Cuándo lograremos desalojarlos de un modo definitivo?... Nuestros hombres se mueren de ganas de lanzarse al ataque general... Pero...

El teniente se detiene, como temeroso de decir algo más de lo que el respeto de la disciplina permite... Luego sonrío... Luego, cambiando bruscamente de asunto, continúa:

—El respeto de las treguas periódicas ha llegado a tal extremo, que ni las disputas violentas las interrumpen... Aquí cerca, en el Bosque del Pretre, en un lugar ya muy famoso llamado la fuente del Padre Horion, todas las mañanas nuestros soldados se encuentran con los enemigos. Los primeros que llegan son los que primero llenan sus cántaros, y los otros esperan su turno sin impaciencia. Las discusiones menudean durante esos instantes, pero, en general, terminan amistosamente, con cambios de cigarrillos y de tarjetas postales. Hace una semana, sin embargo, un prusiano, recién llegado, estuvo a punto de echarlo a perder todo. Oyendo a uno de los nuestros, que le llamaba *boch*, volvióse airado y le dijo: «No quiero que me insulten... Yo soy un hombre civilizado, y no un ignorante, como los franceses.» Una carcajada general saludó su exabrupto. Entonces el prusiano atacó a puñetazos al francés. Los demás franceses se echaron sobre los demás prusianos. La batalla era general. Cuando lo fueron a decir al oficial que mandaba la trinchera más cercana, éste mandó en el acto a un sargento con un piquete para poner orden entre los energúmenos. Al mismo tiempo que el nuestro llegó un piquete alemán. De acuerdo los dos sargentos, llevaron a los combatientes, después de saludarse con gran cortesía.

De todas las caballerescas tradiciones de la guerra,

lo único que queda es esta tregua impuesta por la sed y por el hambre. Es poco, sin duda... Pero cuando pensamos en la rabia salvaje de las batallas de hace tres meses, en Bélgica, y en los grupos de niños y de mujeres que los alemanes colocaban a la salida de las aldeas para servirles de trincheras vivas, no podemos dejar de celebrar como un triunfo de la civilización o, mejor dicho, de la Humanidad, las gentiles manifestaciones de que nos acaba de hablar nuestro teniente.

Hay que marcharnos...

Por la zanja lateral emprendemos el camino hacia los campamentos que rodean el cuartel general... ¡Qué largos son estos fosos!... Al venir, no me parecieron ni tan interminables, ni tan complicados, ni tan húmedos... De trecho en trecho, una caverna cubierta de troncos de árboles abre su puerta rústica a la derecha o a la izquierda de la trinchera.

Ahí es donde duermen los oficiales, donde tienen los jefes sus cuartos de trabajo, donde se conservan las municiones y los víveres... En una de ellas vemos una mesa rústica cubierta de papeles y un aparato telefónico. El troglodita que ahí vive es nada menos que un general de brigada. En otra, más estrecha, pero que también tiene su mesa, está el coronel que me ha autorizado para visitar las trincheras, y que me pregunta si me ha interesado lo que he visto.

—Me ha interesado y me ha entristecido —le digo—, pues no es así como me figuraba la guerra...

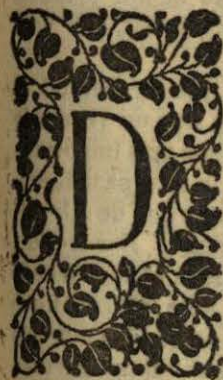
—Nosotros tampoco—me contesta.

Y después de mirar con ironía la cueva oscura que le sirve de alojamiento, termina:

—Es la última manifestación del genio alemán... la guerra de topos...

LAS RUINAS DE CLERMONT DEL ARGONA

20 de enero.



DESDE que pasamos por aquí, una tarde de diciembre, la imagen de estas ruinas, entrevistas en el crepúsculo, me perseguían como una obsesión. Cada vez que, en nuestras correrías, nos acercábamos al Argona, proponía a mis compañeros que nos detuviésemos algunas horas en Clermont. «Las ruinas son todas iguales», contestabanme. Pero yo evocaba aquel cuadro rápido de grandes muros derruidos que la luz de la tarde teñía de rojo, y no me cansaba de insistir, diciéndoles:

—Clermont es una cosa única.

Y he aquí que ahora, en pleno día, entre la niebla helada y gris, noto que ha sido un error el no contentarme con mi recuerdo. Del grandioso espectáculo de magia púrpura, en efecto, nada subsiste. Las ruinas se extienden iguales a todas las ruinas, y a no ser por la hermosura del sitio, ni siquiera tendrían la grandeza siniestra de otros lugares, en los cuales no queda ni siquiera un muro de pie. Eso sí, la colina a la cual se sube por amplias rampas abruptas, es una de las más pintorescas de la región montuosa del Argona. Los pinos forman en la altura, por encima de las tapias derruidas, una ondulante cortina oscura. Pero en cuanto penetramos en el la-

berinto de callejuelas llenas de escombros, nos encontramos con el mismo cuadro que hemos visto ayer, y anteayer, y siempre desde que andamos por las regiones de la guerra: un cuadro de dolor silencioso, un cuadro trágico sin sorpresas, un terrible y angustioso cuadro de atroz monotonía.

Ni tan vasto siquiera cual los de Sermaize y Genevilliers, parece este campo de horrores.

—¡Como que se trata de un pueblo de mil y tantos habitantes!—exclama uno de mis compañeros, que nota mi desilusión.

Y es cierto. La antigua Clermont, que fué capital de un condado casi independiente, no es sino un recuerdo histórico. El Clermont moderno no tiene más importancia que la de ser una encrucijada por la cual pasan, propicia siempre a las invasiones, las rutas que de Alemania conducen hacia París por Verdun y Bar-le-Duc. Entre los escombros, el alcalde nos lleva al centro de la población, haciéndonos detenernos ante las casas que más han sufrido. De algunas de ellas no quedan más que los cimientos. Otras conservan aún sus cuatro paredes exteriores intactas. Y todas tienen ese aspecto pobre, humilde, inofensivo, que hace más odioso el atentado que fueron víctimas, y que nos obliga a preguntarnos cuál puede ser el móvil misterioso que así obliga a los alemanes a encarnizarse contra los infelices, destruyendo sus miserables habitaciones.

Las calles trepan, como senderos de cabras, por el flanco de la colina, descubriendo a lo lejos las oscuras enramadas del bosque. El trueno del cañón llega siempre hasta aquí, para hacer ver a la pobre gente que se agazapa al amparo de los vestigios, que el enemigo está aún cerca. Un lodo negro, formado de tierra calcinada, hace difícil la ascensión. De vez en cuando, una figura lívida aparece y nos contempla con curiosidad. Los niños andrajosos, de caras famélicas, nos siguen en si-

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

lencio. Los soldados de la guarnición pasan, con sus trajes manchados de cieno, camino de las trincheras cercanas.

¡Qué triste es esta guerra, Dios mío!

Entre tantas ruinas, entre tantos horrores, una imagen surge, no obstante, que hace pensar en las guerras de otro tiempo. Es la imagen de un militar prusiano, capitán de reserva desde que estalló el conflicto, y antes literato berlinés, conocido y apreciado. Se llama, si aún vive, Bruno Franck, y su nombre merece ser recordado con respeto en un país donde los más ilustres representantes de la aristocracia germánica no han dejado sino huellas sangrientas de sus crueldades. El alcalde actual de Clermont, que nos habla de él, M. Edouard Jacquemet, es uno de los pocos que no quisieron abandonar la ciudad ante la invasión.

—La casa en que vivo—nos dice—sirvió de alojamiento al príncipe de Bismarck hace cuarenta y cuatro años. Los alemanes solían venir a contemplarla antes de la guerra con una veneración visible, por ser en ella donde se celebró el Consejo que precedió a la batalla de Sedán. Un rico hamburgués tuvo un día la idea de comprarla; pero claro que ni siquiera contesté a sus proposiciones. Los oficiales que invadieron la ciudad no ignoraban esto, de seguro, puesto que lo primero que hicieron fué colocar en mi puerta un rótulo ordenando a los soldados que se abstuvieran del más ligero acto de hostilidad contra la histórica vivienda. Por mi parte, yo me encerré muy tranquilo, prefiriendo exponerme a todos los peligros antes que abandonar mi pueblo. Las historias que corrían por la comarca no podían inspirar deseos de encontrarse con los militares del Káiser. En todas partes dejaban a su paso cadáveres de inocentes burgueses. Los alcaldes y los curas eran sus primeras víctimas. Así, yo no pensé en criticar a nuestros ediles que siguieron el éxodo general. Pero personalmente

preferí quedarme. Al fin y al cabo, morir de un modo o de otro... El día 5 de septiembre un capitán vino a llamar a mi casa, y yo mismo le abrí, disponiéndome a contestarle en el tono en que él me hablará. Mi sorpresa fué grande al encontrarme con un hombre muy fino que conocía admirablemente el francés, y que comenzó por excusarse de la molestia que me causaba. «¿Sabe usted por qué se marchó el alcalde?», preguntóme. «Lo ignoro», le contesté. «Pues en nombre de mi jefe—agregó—vengo a suplicar a usted que se sirva hacerse cargo de la administración del Municipio, para que la existencia del lugar no se interrumpa.» Conociendo las leyes de la guerra, me incliné ante la voluntad de nuestros invasores, no sin preguntar por qué era a mí a quien se hacía tal encargo. «Porque usted es caballero de la Legión de Honor», respondióme el capitán. Luego me dijo que amaba a Francia como a uno de los pueblos más cultos del mundo; que conocía nuestra literatura; que había vivido años felices en París gozando de nuestros museos, y, en una palabra, que la guerra era para él una de las más grandes tristezas, pues siempre había esperado que Francia y Alemania llegarían a entenderse para trabajar juntas en favor de la Humanidad. Antes de irse me pidió que recogiera las armas que podían poseer los raros vecinos que aún quedaban. «No hay más que mujeres y ancianos—le dije—, y no es probable que posean armas. Yo tengo un sable que Napoleón regaló a uno de mis abuelos. ¿Debo entregárselo?» «¡No—exclamó—, de ningún modo!... Una reliquia... ¿Quiere usted hacerme el favor de dejármelo admirar?» Cinco minutos permaneció silencioso y pensativo ante mi viejo sable, y, al fin, llevóse la mano a la frente para saludarlo. Mis relaciones con los militares alemanes fueron relativamente fáciles. Todos ellos me daban seguridades de que Clermont sería respetado. En efecto, fuera del saqueo de las casas abandonadas, yo

no tenía queja, hasta que un día, de pronto, el incendio estalló en una relojería. Yo corrí hacia la Comandancia. El general me juró que de seguro no eran sus soldados los culpables. Las llamas pasaban de casa en casa destruyéndolo todo, y yo me desesperaba por carecer de medios eficaces para combatirlos. El general aseguróme que lo sentía tanto como yo, y que, según sus informes, la causa era fortuita. «Una lámpara de esencia que se rompió», me dijo. La verdad era muy diferente, y el incendio había sido provocado de intento por los soldados.

—Y el capitán Bruno Franck—le preguntamos—¿qué decía de aquéllo?

—El capitán parecía muy apenado, hasta muy avergonzado... Pero un capitán no puede mucho... ¡Ah, si él hubiera sido el jefe!...

En la calle por la cual nos paseamos en medio de los escombros, guiados por Edouard Jacquemet, los soldados que nos encuentran se detienen para saludar al bravo clermontés. Se ve que todos los que le tratan le estiman. Su rostro severo respira la bondad y la rectitud. En sus ojos brilla un fuego tranquilo, que indica un temple de alma extraordinario. Una pobre mujer que nos hablaba de él hace un instante, nos decía:

—Es un héroe.

En realidad, aquí, lo mismo que en Genevilliers, lo mismo que en Epernay, lo mismo que en otros muchos lugares mártires, el verdadero héroe de los días aciagos fué una mujer, una hermana de la Caridad.

M. Edouard Jacquemet nos habla de ella con respeto y ternura. Cuando los alemanes, después de bombardear la ciudad, penetraron en Clermont, los habitantes habían huído hacia el Sur. Las casas estaban vacías; las tiendas, abandonadas. Sólo en el hospital las hermanas seguían cuidando a sus enfermos, entre los que se hallaban algunos soldados franceses. En la madrugada del

5 de septiembre tres oficiales se presentaron ante la casa de misericordia y, sin esperar que les abriesen, derribaron la puerta. Revólver en mano penetraron en el patio con aire amenazador pidiendo vino y comida. Una religiosa les salió al encuentro y les dijo: «Si estáis heridos o enfermos, sed bien venidos: aquí los que sufren son dueños de todo.» Los militares se detuvieron sin saber qué contestar. Al fin uno de ellos, hablando en francés, exclamó: «Esto le pertenece al Emperador de Alemania... La Francia entera le pertenece al Emperador...» «Esto le pertenece a los pobres», contestó la hermana muy suavemente, abriendo los brazos para impedirles que continuaran avanzando. Un militar levantó el brazo para apuntarle con su revólver. «Tirad si queréis; pero entrar, eso, no», le dijo la santa mujer. En aquel momento un coronel se hizo anunciar, y los oficiales cambiaron en seguida de actitud. El coronel, muy correcto, pidió permiso para enviar a sus heridos y aseguró que nada debía temer el hospital de los alemanes. «No somos salvajes», aseguró. Por la tarde, los heridos alemanes comenzaron a llegar, y sor Gabriela los cuidó con la misma solicitud con que antes había tratado a los franceses. El coronel iba todos los días a visitar el hospital, y no dejaba nunca de celebrar el celo de las enfermeras. «No temáis nada», repetía. Una tarde, sin embargo, cuando el incendio devoraba la ciudad, la hermana vió con espanto que las llamas tocaban ya los muros del hospital. «¿Qué quiere usted que hagamos?—le dijo el coronel—. Lo único práctico es sacar a los enfermos y abandonar la casa.» «Si la casa arde—respondióle—yo moriré entre sus llamas, pues he prometido no salir de aquí.» Y había tal energía en su voz, que los prusianos, emocionados, echaron abajo las paredes vecinas para aislar el hospital.

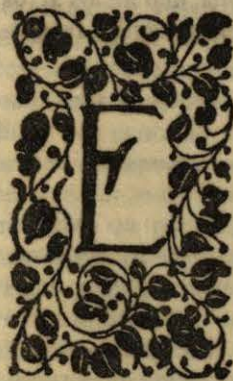
El alcalde, que nos habla de la conducta de sor Gabriela, termina diciendo:

—Todas son iguales las santas mujeres...

En medio de la ciudad en ruinas, el hospital es lo único que aún sigue de pie, intacto, abrigando no sólo a los enfermos, sino también a los infelices cuyas viviendas fueron destruidas. Y hay algo de profundamente conmovedor en el espectáculo de esa casa enorme, que se alza así, siempre blanca y siempre llena de vida, en medio de un cementerio, dominando el panorama del bosque negro, en cuyo seno se desarrolla uno de los actos más conmovedores de la formidable tragedia franco-alemana.

LAS FORTALEZAS DE TOUL

25 de enero.



Esta noche estaremos en Nancy.

—Podríamos llegar dentro de media hora por la ruta directa —nos asegura nuestro guía—, pero es más interesante y más agradable seguir las márgenes del Mosa para ver Fontenoy, Liverdun y Frouard.

Mis compañeros no parecen muy entusiastas de tal paseo por lugares que no han sido teatro de ningún combate. Aquí mismo, en Toul, donde pasamos unas horas, ni siquiera se dignan salir del hotel para visitar la ciudad. ¿Qué puede atraerlos en una plaza fuerte cuyos cañones no han disparado una sola granada? Todos ellos son verdaderos corresponsales de guerra, a quienes el amor por las iglesias, por los bosques, por las aldeas, les hace sonreír.

—¿No queréis ver San Esteban, ni el palacio de los obispos, ni el jardín antiguo?—les pregunto.

—No—me contesta secamente un inglés en nombre de la compañía.

Un teniente se resigna a acompañarme para que los centinelas no me detengan. En la gran soledad de las calles, nuestros pasos resuenan como en un claustro. Sin querer hablamos en voz baja, temerosos de desper-

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

tar a los fantasmas que parecen ser los únicos habitantes del lugar.

En tiempos ordinarios, Toul tiene 12.000 habitantes, de los cuales 6.000 son militares y 6.000 paisanos. Al declararse la guerra, cuando se temía que Nancy no pudiese resistir al empuje germánico y que la plaza fuerte fuese sitiada, la autoridad expulsó a casi todos los paisanos para evitar que, como en 1870, fuesen un estorbo para la defensa. Poco después se vió que el enemigo no podía acercarse a ninguna de las grandes fortalezas del Este, y parte de las tropas desocupó también el recinto toulés para ir a luchar en el Norte. De sus 12.000 habitantes, pues, no sé si aún le quedan 12 a la ciudad que con orgullo se proclama a sí misma la más fiel, la más piadosa y la más antigua de Francia. En mi paseo a través de sus barrios céntricos no encuentro un solo ser vivo, no veo una sola ventana abierta, no oigo una sola voz humana. Las callejuelas, mal empedradas, se alargan y se retuercen en un laberinto interminable, haciéndonos pasar ante edificios abandonados e iglesias cerradas, sin conducirnos nunca a un lugar en el cual se note movimiento.

—Todavía no ha vuelto toda la población, que emigró hacia el Oeste en los primeros días de la guerra—me dice el oficial.

En realidad, no debe haber vuelto nadie.

Los nobles hoteles de los canónigos de otro tiempo alzan sus fachadas escuetas, proclamando esplendores antiguos. A cada paso se descubre un escudo de piedra con sus armas ennegrecidas. Las mitras y las espadas se unen entre divisas latinas, recordando fastos episcopales y guerreros. Las verjas de hierro dejan entrever, en el fondo de los patios enormes, austeras escalinatas carcomidas.

—¿Dónde viven aquí los oficiales de la guarnición?—le pregunto al teniente.

—En las afueras, en el barrio de Ecrouves—me contesta.

Y temiendo, sin duda, que nuestro paseo solitario me sea poco agradable, propóneme que nos alejemos del centro para buscar algo de movimiento y de vida en las inmediaciones de la estación del ferrocarril, donde las tiendas y los cafés están abiertos.

—¡Lástima que no podamos visitar los fuertes!—exclama.

La verdad es que los fuertes me interesan menos que las iglesias, desde que tuve en Verdun una gran desilusión ante los famosos castillos subterráneos. Si se tratase de aquellas hermosas construcciones de Vauvan, cuyas murallas recortan en las alturas sus crestas almenadas, claro que me gustaría ir a verlas. Pero aquí, como en todas las ciudadelas modernas, los cañones mismos son invisibles. «Allá está el reducto de Tillet», nos dijeron esta mañana señalándonos, en medio de la llanura, una colina cubierta de arbolitos secos, sin nada de extraordinario. Y las otras once defensas de Toul son, sin duda, iguales en su formidable poder oculto.

¡Lo que se habló hace cuatro meses de los fuertes de esta plazal... Los alemanes podían, sin hacer enormes sacrificios, apoderarse de Nancy, lugar indefenso, ciudad abierta y sin cañones. Mas en cuanto llegaron a las alturas de Gondreville, su marcha triunfal se trocaba en una espantosa derrota. Cuarenta años habían trabajado los ingenieros para enterrar los cañones en sitios inexpugnables. Cuarenta años el país había puesto su confianza en el arte y en la ciencia de los constructores de sus bóvedas de cemento... Y he aquí que después de ciento cincuenta días de campaña, ni Toul, ni Epinal, ni Verdun han tenido que lanzar una sola granada. Nancy, sin más trabajos que los de sus trincheras improvisadas, supo, no sólo defenderse, sino vencer.

Lo triste es que con los cañones nuevos, que destruyen una *casemate* blindada cual si fuese una choza de paja, las fortificaciones modernas no tienen mayor porvenir que los castillos medievales.

¿Qué será de Toul mañana?... Lo único que en este último medio siglo la había salvado de la muerte, eran sus reductos. Que esos reductos desaparezcan, como tienen que desaparecer, y no le quedarán sino las torres de sus iglesias, las tapias de sus palacios episcopales, los claustros de sus conventos, lo que es el pasado, en fin.

¡Y es tan vago, tan oscuro, tan lejano el pasado toulés!... Como sus callejuelas sombrías, su historia forma un laberinto de aventuras guerreras y religiosas, en el cual es fácil perderse sin llegar nunca a los puntos luminosos. Antes de encontrar a Carlos V derrotado ante sus muros, o a Enrique II penetrando victorioso en su recinto, hay que pasar por infinitas conjuraciones de canónigos y de comuneros que, disputándose el Poder, hacen un día una república de lo que es la víspera un principado episcopal, y al día siguiente se someten a un duque de Lorena para escapar a la anarquía o al despotismo.

«Llevando una mitra y una hacha—dice la crónica local—, los prelados convierten la catedral en cuerpo de guardia, sin descansar nunca.»

¡Terribles señores, en efecto, los de esta región moselana! A través de los siglos, acatando en teoría la autoridad del Emperador, no hacen nunca sino lo que su capricho les dicta. Basta contemplar las torres de San Esteban, fuertes y hoscas, para comprender que la dulzura cristiana no tiene nada que ver con ellos. Ni los adornos, ligeros cual encajes, que el Renacimiento ha puesto en la fachada de la célebre iglesia, logran quitarle al conjunto su aspecto guerrero. Y lo mismo que en la catedral, en todas las grandes construcciones an-

tiguas que encontramos hoy en nuestro paseo, las trazas de la sangre ardiente de la raza son visibles. El hacha de armas, unida a la mitra, resplandece a cada paso.

Pero, ¡ay!, la ciudad de los obispos y de los comuneros, ahora que ya no tiene ni comuneros ni obispos, resulta completamente muerta, tan muerta como Toledo, tan muerta como Siena, tan muerta como Brujas la muerta. De sus negros campanarios no se desgrana ninguna armonía de bronce para animar el ambiente solitario que nos oprime. Las enormes puertas claveteadas de las casas solariegas, parecen cerradas para siempre. Y cuando volvemos la vista hacia arriba, buscando algo que no sea la melancolía ruda de las tapias, lo único que aparece ante nuestros ojos es la roca trágica que domina, cual un acrópolis desmantelado, el recinto de la ciudadela. ¡Qué bien estaría en esa atalaya escueta y amenazadora un castillo medieval, coronado de torreones almenados! Mas aquí, lo mismo que en Verdun, las amenazas no se yerguen en alturas insolentes y nobles, sino que se agazapan en los repliegues de los desfiladeros, escondiendo sus bocas de fuego bajo la tierra.

Al salir de Toul, uno de los oficiales que nos acompañan me indica la línea de fuertes cuyos fuegos se cruzan, hacia el Norte, del otro lado del Mosela, con los de las defensas avanzadas de Verdun.

—Sólo uno de ellos—me dice—, el más aislado de todos, ha sido destruído por los alemanes...

Siguiendo la dirección que su mano señala, trato de descubrir en el campo que se extiende a nuestra izquierda algo que indique la vecindad de los cañones. La nieve cubre con su sudario la llanura desierta, y a lo lejos, más allá de Gondreville, el bosque de Lagny cierra el horizonte con sus enramadas negras. Lo único que anima la monotonía del cuadro es el curso sinuoso

del río, que aparece y desaparece en los recodos de la ruta. No obstante, ahí están los cañones, escondidos bajo la tierra helada, siempre dispuestos a romper la inmensa paz del campo al primer alerta.

—El fuerte destruído allá, muy lejos, hacia el Norte, es el de Troyon...—continúa mi guía—. ¿No ha oído usted hablar de su defensa?... Es una de las páginas más hermosas de la campaña actual...

Y con la mayor sencillez agrega:

—Yo estaba ahí...

Los otros dos periodistas que van en nuestro automóvil se vuelven bruscamente hacia nuestro militar al oír estas palabras.

—¿Usted estaba en Troyon?—exclaman.

Y se nota la sorpresa con que consideran a este hombre tan suave y tan poco heroico de aspecto. Porque realmente, si hay alguien que no tenga cara de paladín, es él. Vestido con el traje severo de los artilleros, hablando a media voz, mirando tímidamente al través de sus gafas de miope, parece un pobre reservista de los que, al declararse la guerra, tuvieron que abandonar su despacho parisiense para servir en las ambulancias o en la Intendencia.

Muy tranquilo repite:

—Sí..., yo estaba ahí...

Entonces todos le pedimos que nos cuente sus recuerdos, y él, sin hacerse de rogar, exprésase del modo siguiente:

—Lo mismo que todo el mundo, ustedes se quejan de que un fuerte moderno no presente una arquitectura impresionante cuando se le contempla por fuera. Es lástima que no podamos ir hasta las ruinas de Troyon para que vean lo que es, en realidad, un reducto. Ahora que los obuses de las grandes piezas austriacas han levantado la coraza de cemento y de acero que la cubría, aquella fortaleza da una idea exacta de lo que son